

Los martes a Literatura

De la propia casa y del cercado ajeno

La horrible carnavalada

Al principio, creyó todo una absurda broma del mal gusto y de ninguna realidad.

La eterna cita anónima para un baile popular, que haría soñar con una princesa histérica y gallante, a un colegial enamorado y sentimental.

Estaba indignado consigo mismo. Le abochornaba la idea de que aquel pleguicito azul pudiera inquietarle de aquel modo. Le volvió a leer:

«...Le admiro por su vivir solitario y retraído, porque es usted el único artista de «nombre» que procura pasar por la vida sin ruido y sin historia.

He leído todos sus libros, y... ¿quiere verme? A las once de esta noche le espero en la esquina de la Carrera de San Gerónimo con Florida Blanca.

Yo le conoceré viéndole el rostro. Vaya disfrizado.»

Se rió aún de su ingenuidad y de sus intranquilidades demasiado inocentes. Algún amigo que quería embromarle y divertirse a su costa... o una señorita ateneísta de físico lamentable, envenenada de literatura a lo Lorraine—pensó.

¡Bah!... Después de todo... Iria. Se decidió y maquinalmente comenzó a pensar en una posible y encantadora aventura en un «beguín» probable, en un «algo» imprevisto...

II

El coche rodó hacia el teatro de X. No habían querido entrar en la Zarzuela, y contagiados por un idéntico afán de baile de máscaras canalla y castizo, decidieron ir del teatrillo aquel de los barrios bajos de la ciudad.

Ella, ahora dentro del coche, consintió en quitarse el antifaz. Era morena, los ojos grandes, claros, un poco infantiles; la nariz chata, repingona; la boca grande, franca; los labios gruesos,

ros, pintadísimos, algo cínicos, con dientes «mentirosos», feillos y blancos.

Hablaba atropelladamente, como una niña caprichosa, se expresaba mal, sin facilidad de palabra, pero con una gran sencillez y un delicioso acento americano.

—Sí—dijo—yo conocía sus cosas porque me las dejó mi hermano... Mi hermano lee mucho ¿sabe? y lee con preferencia a los poetas modernos. ¡Ah! Se lo aseguro, quedé encantada... ¡que emoción más grata la de sus poemas!

EEstán hechos, sin duda, para leerlos... ¿cómo le diría? Para leerlos a media luz, en un «fumoír» íntimo, un poco descuidada la toaleta...

Llegaron al baile. El salón estaba, ya a media noche, pletórico y abigarrado de gente.

Era una patulea de mujeres de mal vivir, chulos y obremos que guardan toda su juventud y toda su alegría faunesca para estos días.

En uno de los bailes, ella lo presentó a dos amigos, que según dijo, había encontrado por casualidad.

—Pedro y José, dos amigos míos pintores...—presentó. Aquello al poeta le pareció absurdo, de una espontaneidad sospechosa. Pedro y José le convidaron a beber en el «ambiente»...

III

Había bebido como un bárbaro. Aquel enfiablado baile, daba vuelta ante su cerebro ardiente y borracho, y las palabras oíalas como desde muy lejos, como apagadas y confusas.

Apenas comprendió lo que proponían. Cuando oyó que «aquello estaba imposible y que en la calle se despejarían con el airecillo de la madrugada» consintió.

Caminaban todos juntos, en hilera, cogidos del brazo, dando tumbos por enmedio de la ca-

lle. Ella, parecía también borracha, y sostenía con uno de sus amigos una incoherente discusión:

—Yo creo—decía—que Rubens, pintaba unas mujeres demasiado rollizas, la verdad, y como por estética, todo el renacimiento resulta lamentable y hasta barroco... comprenderás que no pueden gustarme las mujeres de Rubens.

—Pues a mí—replicaba José, que era un muchachote alto, rubio, con tipo de bestia nódica—las mujeres de Rubens me gustan más que las majas de Goya... Porque la famosa maja, si la pones de pie, no se la ve... y claro...

Caminaban por la Ronda de Atocha. Debieron de tardar mucho tiempo en llegar a la Glorieta.

Subieron por una calle oscura y desierta hacia la de Alfonso XII. Al llegar frente a los desmontes del Cerro de San Blas, ella, traviesa siempre, propuso:

—Vamos a subir. Y José, romántico y afectadamente.

—Desde allí estaremos más cerca de la Luna.

El poeta no se opuso a nada. Estaba cansadísimo, amodorrado y con mucho sueño. Se le antojaba que sudaba entre algodones y que todo era un sueño inexorable del que ya despertaría. Subieron.

Estaban parados junto a los desmontes de unos solares muy profundos en los que comenzaban a edificar. La discusión estúpida de antes, entre ella y José, surgió de nuevo con la misma inexpressión y la misma dificultad de expresión que siempre.

De pronto, José se encaró con el poeta.

—A ti te gustan las mujeres de Rubens.

—No; a mí no me gustan, porque son demasiado blancas y bofas—contestó.

El otro insistió con esa tozudez obstinada de los borrachos.

—Pues te han de gustar, pues te han de gustar.

Y el poeta, categóricamente.

—Pues no me gustan. Entonces pasó algo absurdo,

instantáneo. José se creyó ofendidísimo por aquella discrepancia de opinión, y se acercó mucho al poeta. Ya con la cara junto a la suya, le escupió rojo de ira:

—A ti no te gustan las mujeres de Rubens porque eres un animal muy grande.

El otro fué a protestar, pero no tuvo tiempo. José le había empujado de una manera brutal hacia el precipicio. Sintió una

angustia horrible de resbalón trágico y de vacío. Después un dolor espantoso en todo el cuerpo, el barro helado de la madrugada como una mascarilla nauseabunda y asfixiante para el rostro espantado y arriba las voces de los otros:

—¡Lo has matado, salvaje!

—¡Socorro!

—¡No grites bestia, que yo no tiene remedio!

—¡Pues para qué no le gustan las mujeres de Rubens...! Quiso incorporarse, gritar, todo fue inútil. Miró a la luna enorme, con una angustia de agonía. Luego, cerró los ojos, apretó los puños con supremo gesto de dolor y protesta y dejó caer definitivamente contra el suelo, la cabeza grotesca de mascarón lamentable.

CESAR GOZALEZ RUANO

BALADA INGENUA

Porque te adoro con toda el alma, porque te quiero, porque se agitan todas mis fibras cuando te veo, y el corazón salta tremente dentro del pecho, porque tú eres la soberana de mis ensueños, la bella cumbre de mis trabajos, el acicate de mis anhelos, la que dirige mis ilusiones y la que llena mis pensamientos...

Porque tu imagen tengo grabada dentro... ¡mu dentro! porque te adoro con misticismos de iluminado, con inquietudes de aventurero, con fulgurantes ansias febriles, y te coloco sobre los mares, sobre los cielos, sobre los montes, sobre los valles, sobre la tierra y el Universo, porque en el alma tengo clavada la ardiente zarpa de horribles celos, celos de todo, del sol que besa tu cabellera, de la caricia leve del viento, de los murmullos de las fontanas que te dirigen rimas de ensueño, de las fragancias de los rosales que han admirado tus ojos negros, y de las cosas que te rodean, y de los vivos y de los muertos, de lo que existe en este instante, de lo futuro, de lo pretérito,

—que son los polos de nuestra vida que es una esclava triste del tiempo—de lo que vive solo en mi mente, de las nostalgias de tus recuerdos, de la añoranza de tu pasado, y hasta de todos tus pensamientos... ¡Ya ves, Amada cuanto te quiero!

Y por amarte ¡por eso mismo! siento este miedo, de que no quieras que yo te ame. ¡Soy triste, huraño, tímido y feo!

¡No valgo nada!. Solo mi alma es como un águila que va a los cielos para perderse en el infinito con raudo vuelo..

¡Me veo tan débil! ¡me veo tan triste! que no me atrevo a confesarte cuanto te amo, cuanto te quiero, estos raudales de fervorosas adoraciones que guarda el pecho, estas cadencias embriagadoras, estos deseos, que me atenazan alucinantes...

¡Ni sé si vivo, ni sé si muero!... ¡Sé que te amo fervidamente, sé que te quiero, y esto me basta para mi vida y esto me basta para mis sueños, una esperanza que me tortura, por la que vivo, por la que espero, y porque ella sólo es mi vida, por eso tiemblo, y mis amores que me desgarran no te confieso, que yo no quiero que tú destruyas esa esperanza, ¡que tengo miedo!... ¡que tengo miedo!...

Y así, ya sabes Amada mía, lo que guardaba dentro ¡mu dentro! por qué he callado, por qué no hablaba... ¡porque te quiero!

que Amor es brujo que nos obliga a que callemos, aunque si hablamos sea nuestra vida y sea la muerte nuestro silencio...

Ya ves, Amada... Me fué imposible callar más tiempo y rompo todas estas cadenas que me oprimían en el silencio... Dime si me amas... Si tú me quieres los dos unidos, tu cabecita sobre mi pecho caminaremos hacia la gloria, hacia lo Eterno...

VENTURA ROMAN NIETO.

EMPRESA PAREZ

Novísimo servicio diario de automóviles entre Cádiz, San Fernando, Algeciras y puntos intermedios

HORARIO

Salida de Cádiz a las 8,30 de la mañana.

Salida de San Fernando . . . a las 9,45 de la id.

Llegada a Algeciras a las 3,00 de la tarde.

Salida de Algeciras a las 6,00 de la mañana.

Llegada a S. Fernando . . . a las 11,15 de la id.

Llegada a Cádiz a las 12,00 de la tarde.

Empalma en Algeciras con los vapores de Gibraltar

Empalma con el mixto y el exprés de Sevilla y Madrid.

Toma y deja viajeros en Chiclana, Conil, Vejer, Pacinas y Tarifa.

PRECIOS

Berliná o pescante Interior

De Cádiz a Algeciras o viceversa . . . 15,75 10,50

De S. Fernando a Algeciras o viceversa 13,75 9,25

Para facilidad del público se reservan billetes con la antelación que se desee.

Oficinas: Cádiz, Hotel Victoria.-Teléfono 261.-Algeciras, café de "La Estrella". -Teléfono 101.-San Fernando, "La Mallorquina.-Teléfono 1.022

NOTA.-Este servicio se restablece por haber recibido la Empresa el mterial que esta Empresa tenía anunciado, el cual constituye uno de los myores éxitos de la acreditadísima casa conststructora DE DION BOUTON en la reciente Exposición de Barcelona